

El criterio ético de Maquiavelo

Javier Franzé

El objetivo de este trabajo es mostrar que en Maquiavelo la relación entre ética y política consiste en un problema porque supone una tensión entre dos modos posibles de actuación (uno guiado por la ética clásica¹ y otro, por la ética política), tensión que Maquiavelo recomienda resolver aplicando, en casos límite, el criterio de evitar males mayores realizando males menores. Este criterio, que justifica el mal al entenderlo como parte de la política, en la medida en que el mundo es irracional en términos morales, es el que define a la ética política de Maquiavelo, y no el de que el fin justifica los medios, como suele creerse. Explicar esto último es también un objetivo de este trabajo.

Ética clásica y ética política

El punto de vista más común piensa que se puede evaluar el problema ético de la política como un problema ético más, sin prestar atención al

¹ Por ética clásica se entenderá la que fue elaborada a lo largo de distintas etapas históricas por las reflexiones de Sócrates, Platón, Aristóteles, el estoicismo, Cicerón y la tradición judeo-cristiana. Aunque es una, se pueden distinguir en ella dos vertientes, la aristotélico-ciceroniana y la judeo-cristiana. La primera es una ética terrenal, mundana, y la segunda, extramundana.

Es necesario introducir dos aclaraciones. Se ha hecho referencia a Sócrates, Platón y Aristóteles, y no se ha hablado de tradición griega porque lo que habitualmente se llama de ese modo y se exhibe como cuna de la cultura occidental, suele ser mostrada como un conjunto armónico de valores, léase democracia (Pericles), filosofía (Sócrates, Platón, Aristóteles) y literatura (Homero, Hesíodo), cuando en verdad esa filosofía era crítica y opuesta a la democracia y también a la literatura, por no representar esta última el mundo verdadero, sino invenciones sobre él. Por otra parte, tal tradición no reconoce como griegas a corrientes tan decisivas como la sofista, cuyo no objetivismo moral resulta más afín a la concepción ética que se practica en el mundo actual que a la de Sócrates, Platón y Aristóteles. La segunda aclaración es respecto de la tradición judeo-cristiana. Aunque autores que se seguirán en este trabajo, como Isaiah Berlin, afirman que Maquiavelo contrapone ética política a ética judeo-cristiana, aquí se cree necesario afirmar que el protestantismo de Lutero debería quedar fuera de esa noción, pues intenta una mediación entre ética y mundo al legitimar acciones no cristianas en el gobernante, lo cual supone un modo de entender que la esfera política tiene una ética diferente de la religiosa, por tratarse de una actividad terrenal. En Lutero no hay autonomía de la política, porque ésta permanece legitimada religiosamente, pero sí una ética diferente, acorde a las tareas propias de la política. Por tanto, cuando en este trabajo se hable de ética judeo-cristiana, se excluye de la misma al cristianismo protestante.

Sobre este último punto en particular, y sobre el trabajo en general, agradezco los comentarios de Joaquín Abellán.

carácter político del asunto ni considerar que el hecho de que se trate de un fenómeno político pueda modificar el razonamiento ético que se suele aplicar para el resto de los hechos de la vida social e individual. Esta posición parte de la existencia de una única ética, universal, válida para todas las situaciones de la vida por igual, sin distinción de ámbitos de actividad, en el sentido de que esos ámbitos ponen en juego problemas específicos, particulares, no presentes o irreductibles a otras esferas de actividad o situaciones prácticas. Esta posición es la de la ética clásica. Dentro de ésta, se puede distinguir una vertiente religiosa, la judeocristiana, que persigue la salvación del alma individual en el mundo extraterrenal², y una vertiente terrenal, aristotélico-ciceroniana, que no tiene una dimensión ultraterrenal pero, como la anterior, es una ética de valores universales y absolutos, que se concibe a sí misma tanto para salvar el alma cuanto para salvar la ciudad. Ambas vertientes comparten lo central: a) son éticas dirigidas al buen obrar individual, que no ven contradicción entre ser buen individuo y buen ciudadano, sino que para ambas esos dos roles se suponen mutuamente, por lo que acaban extendiendo la ética individual al campo de la política, b) entienden el buen obrar individual en términos de integridad, de completud, en el sentido de que debe ser éticamente impoluto, puro, y c) ven el mundo como un ámbito éticamente racional: el bien lleva al bien y el mal, al mal; no hay contradicción posible entre el bien y el bien, sino sólo entre el bien y el mal.

La otra posición, en general minoritaria, piensa los problemas éticos de la política como problemas éticos específicos, atendiendo al carácter político del dilema. Para esta posición, el rasgo político del problema debe ser tenido en cuenta, no puede ser soslayado, pues cada ámbito de actividad tiene sus caracteres particulares, y por tanto presenta a aquellos que actúan en ese ámbito problemas, dilemas y opciones únicas, que no aparecen en otras esferas de actividad o situaciones de la vida. El carácter político del hecho afecta entonces al razonamiento ético, pero no en el sentido de que habilita a olvidarse de toda ética, sino que obliga a pensar la ética de un modo diferente, no menos preocupada por hallar la respuesta a la pregunta ética acerca de en qué consiste obrar bien, pero sí consciente de que obrar bien en un ámbito –el político– no es ni puede ser obrar del mismo modo

² *La ética judeocristiana puede ver que el bien lleva al bien y el mal al mal porque integra mundo terrenal y mundo ultraterrenal. En este último es donde el mal, que puede triunfar en la Tierra, no triunfa nunca. De ese modo, la acción ética humana queda racionalizada: el bien lleva al bien, porque aunque el bien lleve al mal en la Tierra, conduce al bien en el único mundo que verdaderamente importa, el ultraterrenal. A la inversa, aunque el mal triunfe en la Tierra, nunca logrará la salvación, con lo cual lleva finalmente al mal.*

que en cualquier otro de la vida. El buen obrar individual es posible, pero no es entendido en términos de integridad o pureza, pues ésta no puede ser asegurada en un mundo éticamente irracional, en el que el bien puede llevar tanto al bien cuanto al mal, y viceversa, y en particular en la política, que actúa a través de la fuerza del Estado, es decir, por definición con medios malos³. Esta posición es la de la ética política, cuyos representantes centrales serían Maquiavelo y Weber.

Ética y política en Maquiavelo

La noción más común que se tiene de Maquiavelo, en especial como pensador de la relación entre ética y política, es que la política no tiene ninguna relación con la ética. Maquiavelo sería aquel que recomienda, a todo el que quiera hacer política con éxito, olvidarse de la ética. Siempre según esta versión, para el autor de *El príncipe* el único fin de la política, y por tanto su naturaleza como actividad, sería obtener, conservar y ampliar el poder. El poder como fin en sí mismo significaría incluso un disfrute del imponerse a los demás, dominarlos y obligarlos a cumplir nuestras órdenes. Para alcanzar el único fin posible en política habría entonces que mentir, engañar, usar la fuerza pura, etc. Todo ello por convicción, no por necesidad. Serían éstos los principios intrínsecos de la política, no recursos últimos necesarios en determinadas circunstancias. El aporte de Maquiavelo sería el haber descubierto que la lógica de la política radica en su divorcio de la ética⁴.

Esta versión de Maquiavelo ha sido edificada por los seguidores de la ética clásica y su peso se expresa en que ha generado el adjetivo «maquiavélico» para referirse a aquel que procede de modo cínico, falso, manipulando a los demás y fingiendo para alcanzar sus oscuras metas. Frente a este punto de vista, se levanta otra interpretación posible del pensamiento del florentino⁵.

³ Esta noción de que la política opera por definición con medios malos (violencia, coacción estatal) es más propia de Weber que de Maquiavelo. Véase nota 8.

⁴ Representantes de esta reflexión son Benedetto Croce («Maquiavelo y Vico. La política y la ética», en *Ética y política*, Buenos Aires, Imán, 1952, 217-221), Leo Strauss (Meditación sobre Maquiavelo, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964) y George Sabine («Maquiavelo», en *Historia de la Teoría Política*, México, FCE, 1972, 249-264). Cabe formular una salvedad. Para Croce, Maquiavelo es un pensador que vive con angustia la imposibilidad de aplicar la ética a la política, mientras que para Strauss sería más bien alguien que disfruta de la amoralidad de la política (de ahí que sea «el maestro del mal») y para Sabine, se trata de un indiferente moral.

⁵ Esta interpretación ha sido construida por varias reflexiones, no sin diferencias entre ellas. Tales reflexiones son las de Isaiah Berlin («La originalidad de Maquiavelo», en *Contra la*